

CAPÍTULO 1

SÁBADO, 4 DE NOVIEMBRE DE 2006

Marianne se detuvo en la entrada. Los zapatos estaban tirados por el suelo de cualquier manera. Se agachó instintivamente y los colocó en su sitio, en orden, unos al lado de los otros. Luego se percató de que faltaban las botas de Lina, unas Timberland de color claro.

Se asustó. ¿No había vuelto a casa la noche anterior?

Recogió pensativa un gorro tirado en un rincón. Su hija dejaba las cosas tiradas por todas partes. El desorden era total. Como mínimo podría haber llamado si pensaba dormir fuera de casa.

¿Y si le había ocurrido algo?

Ese pensamiento le oprimió el corazón. Marianne inspiró profundamente para tranquilizarse.

Se podía haber caído de la bicicleta y hacerse daño. Era fácil caerse de la bicicleta en esa época del año. Los estrechos caminos de guijarros eran muy resbaladizos en otoño. Le había dicho a Lina que fuera con mucho cuidado cuando partió hacia Trouville a casa de los Hammarsten.

La inquietud se fue adueñando de ella sin poderlo remediar. Era como si el corazón se le fuera a desbocar, los latidos eran cada vez más fuertes, y todo a su alrededor empezó a darle vueltas.

¡Tranquilízate!, se dijo a sí misma. Respira.

Con las piernas temblando, se dirigió a la acogedora cocina rústica y se sentó en una silla. En verano habían pintado las sillas de la cocina. Lo hicieron al sol, en el embarcadero, y Lina le había

ayudado. Se manchó el bikini de pintura y ambas se pusieron a reír.

Marianne se levantó y sacó un vaso del armario de encima del fregadero para beber un poco de agua. La respiración se volvió más regular. Naturalmente, Lina se habrá quedado en casa de los Hammarsten. Eso tenía que ser. ¿Dónde iba a estar si no?

El silbido familiar de la cafetera sobre la placa de la cocina la tranquilizó. Sí, se serviría una taza de café y se la tomaría tranquilamente. Cuando hubiera terminado serían ya alrededor de las ocho. Entonces llamaría a Hanna Hammarsten para que le confirmara si Lina se había quedado a dormir en su casa sin avisar.

Eso era lo que solían hacer las chicas jóvenes.

Luego ambas se reírían comprensivas, como suelen hacerlos dos madres cuando sus hijos se comportan de manera despreocupada e irresponsable.

Después ella sonreiría avergonzada de sí misma y de la angustia que había pasado, y más tarde Lina le diría que era el prototipo de madre superprotectora.

—Deja ya de preocuparte, mamá —le diría—. No seas así. Ya soy mayor, ¿es que no lo entiendes?

Hanna entendería exactamente cómo se sentía. Todas las madres se preocupan. Sobre todo si tienen hijas. Es normal.

Marianne había pensado siempre que cuando Lina fuera mayor se acabarían las noches en vela, las noches intranquilas. ¡Qué equivocada estaba! Ahora, cuando no se podía quedar dormida hasta que Lina llegaba a casa, añoraba aquel tiempo en que su hija era pequeña, cuando lo peor que podía suceder era que se despertara después de una pesadilla. Bastaba con un abrazo o, tal vez, un biberón. Y si no funcionaba, se la llevaba a la cama, donde solía quedarse dormida en seguida. La recompensa, ciertamente, eran despiadados empujoncitos en la espalda durante toda la noche, pero aquello no era nada comparado con la inquietante angustia de los últimos años.

El café estaba listo.

Miró otra vez el reloj. Las ocho menos cuarto. A las ocho llamaría. Ni un minuto más tarde. Era algo temprano, pero no podía esperar más.

Su taza preferida, una de cerámica de color azul, estaba en la parte delantera del armario. Solo con verla tuvo la sensación de que todo volvía a la normalidad. Dos terrones de azúcar, un buen chorro de leche y el café ya estaba listo. Dulce y fuerte, justo como a ella le gustaba. Se sintió mucho mejor.

Se rió de sí misma. ¿Qué se había imaginado en realidad? ¿Qué podía pasar en Sandhamn, una isla que Lina conocía como la palma de la mano? Podía llegar a casa incluso con los ojos cerrados.

Entre Trouville, al este de la isla, y su casa en el pueblo había poco más de dos kilómetros. ¿Qué podía pasar en un trayecto tan corto?

Tomó un sorbo de café y meneó la cabeza. Se había alarmado sin necesidad. No era la primera vez que Lina se quedaba a dormir en casa de su mejor amiga y se olvidaba de llamar. Probablemente, se le hizo tarde y estaba demasiado cansada para regresar. Lo más sencillo era quedarse a dormir en casa de Louise. Sobre todo cuando fuera estaba oscuro como la boca de un lobo. No había ningún tipo de alumbrado y la mayoría de las casas estaban cerradas durante el invierno. Aunque era el puente de Todos los Santos, apenas se veía gente que hubiera venido a pasar esos días en la isla.

Marianne, pensativa, no dejaba de remover con la cuchara. El azúcar se había quedado en el fondo. Echó una ojeada a la vieja cocina de leña, que habían decidido conservar cuando renovaron la casa, heredada de su madre. El rescoldo del día anterior se había apagado durante la noche, pero aún estaba templada. Era impresionante cómo conservaba el calor.

Se levantó para poner leña y encender un fuego. En otoño y especialmente en invierno era agradable tomar el desayuno oyen-

do crepitar el fuego. El frío podía llegar a ser cortante cuando soplaban los vientos del norte. Era una suerte que hubieran conservado la antigua cocina de leña y las antiguas chimeneas del comedor y del salón.

Volvió a mirar el reloj. Faltaban tres minutos para las ocho. No pudo aguantar más. Cogió el auricular y marcó el número.

—¿Sí? —Una voz medio dormida respondió a la tercera señal. Era Hanna.

Marianne sintió remordimientos en seguida. La había despertado innecesariamente.

—Hola, soy Marianne. Perdona que te moleste. Solo quería preguntarte si Lina está en vuestra casa. No volvió a casa anoche y no ha llamado, claro. Ya sé que es ridículo, pero quería asegurarme de que no ha pasado nada.

Se hizo un silencio al otro lado del auricular.

Duró solo un segundo, pero fue muy significativo.

Las dificultades respiratorias volvieron.

—¿Lina? No está aquí. Se fue anoche a las diez. ¿No está en casa? —En la voz de Hanna destacaba claramente el asombro—. Espera, voy a ver.

—Sí —susurró Marianne—. Por favor, mira a ver.

Hanna dejó el auricular y se alejó. Marianne apretaba el teléfono con tanta fuerza que le dolían los dedos.

Al momento volvió Hanna.

—Lo siento mucho —le dijo—. Es como yo pensaba. No está aquí. Louise dice que cuando terminó la película cogió la bici para regresar a casa. ¿Estás segura de que no está en su cama?

Marianne fue incapaz de responder. Intentó articular palabras, pero la lengua no le obedecía. Se le nubló la vista.

¿Dónde estaba su hija?